

LA NOVELA  
CORTA 1

PIO CID  
por  
ANGEL GANIVET

NUMERO  
HOMENAJE

10 cts.

## Semblanza literaria

# ANGEL GANIVET

POR

CRISTÓBAL DE CASTRO

Angel Ganivet vino de Granada a Madrid con veintitantos años. Parece que en Granada era ya conocido como escritor en la tertulia de Afan de Rivera, en «El Defensor», en el huerto de Tres Estrellas.

En Madrid le trataron pocos amigos; Navarro Ledesma, Natalio Rivas, algunos más. Natalio Rivas dice que era un mozuelo de traza insignificante, moruno, taciturno; pero tan despejado y tan sabio que, cuando en la tertulia del café de Levante tomaba la palabra alguna vez, fuese sobre el tema que fuese, todos le oían boquiabiertos. Casi siempre llevaba un Horacio o un Virgilio, que leía, a requerimientos de la tertulia, en alta voz, como admirable latinista. Cuando nó, recitaba trozos del Romancero o del Quijote, o se transformaba en locuaz, hablando de Granada y de la Fuente del Avellano.

Aquí, en Madrid, se preparó para las oposiciones a Cónsules, ganó uno de los primeros puestos y se marchó de un golpe, a Finlandia. Cuando nosotros visitamos aquél país, recorrimos la bella capital, Helsingfors, evocando el espíritu de Ganivet. Y hemos ido desde San Petersburgo a Riga, sólo por conocer el río donde se arrojó, pereciendo a los treinta y tres años, con la muerte temprana de un entendimiento en flor, como Garcilaso o como Fígaro.

De esta vida de Ganivet, toda meditación y penumbra, sale una obra, toda claridad. Un estilista limpio, transparente y sonoro, como el agua que corre por los cármenes. Un crítico, admirable divulgador, en las «Cartas finlandesas». Un poeta de estro sutil, elegantemente conceptista, en «El escultor de su alma». Un novelista de finísima observación y honda agudeza psicológica, en las aventuras de Pío Cid, conquistador del reino de Maya. Y dominando estos parajes tan dilatados, desde el Aventino de su «Ideario», un pensador, atormentado por la conciencia de una patria sin conciencia.

Nos hallamos, por consiguiente, ante un precursor—nó en sazón y ya armado de todas armas, como Joaquín Costa, que tiene testa y barbas de Padre Eterno—sino en presencia de un precursor Hijo, con toda la poesía de su vida atormentada y de su muerte, obscura, pero noble, de suicida romántico...

R.8686

# PIO CID

NOVELA

por

**ANGEL GANIVET**

En una modesta casa de huéspedes de la calle de Jacometrezo vivía Pío Cid cuando yo le conocí y me interesó tan profundamente la rareza, con visos de genialidad, de sus dichos y hechos, que formé el firme propósito de estudiarle de cerca para satisfacer mi curiosidad de novelista incipiente y utilizarle en una obra de psicología novelesca al uso, que me quitaba entonces el sueño y el apetito.

Así, esta historia, concebida con ánimo de arrojar a la voracidad pública los más íntimos secretos de un amigo confiado, se transfiguró al calor de la amistad y de la confianza en algo semejante a un legado piadoso, historia escrita para cumplir un deber de conciencia: el de dar a conocer a quien poseyó la suma grandeza humana, y vivió oculto en una envoltura humildísima, y murió sin molestarse en que le conocieran sus contemporáneos.

La primera anomalía que no está en mi mano remediar, la hallará el que lea cuando vea aparecer al protagonista frisanado en los cuarenta años y representando algunos más, y no sepa a ciencia cierta qué se hizo de él durante esos largos años de obscura abstinencia. Los amigos decían que Pío Cid era de familia bien acomodada y quizás noble, pero venida a menos y obligada por la dura necesidad a esconderse en un pueblo de Granada, en donde tenían los Cides su casa solariega. El joven, que era hijo único, siguió estudiando leyes en Granada, y una vez terminada la carrera se encerró en el pueblo con sus padres y allí pasó los años vegetando, como caballero pobre y que se resiste a doblar la raspa; a lo sumo dedicaría sus ocios a leer libros y a cultivar las musas, pues sólo así se explicaba su vasto y enmarañado saber y la facilidad con que componía versos en todos los metros y rimas conocidos y en algunos de su propia invención. Se le tenía por refractario al amor, o, cuando menos, al matrimonio; así, vivía apegado a sus padres, y cuando estos le faltaron, se halló solo en medio del mundo, y acaso deseoso de dejar la estrechez de su pueblo y olvidar sus tristezas en la agitación de la corte, adonde vino, en efecto, con una credencial en el bolsillo, ya que lo mermado de sus rentas no le permitía, según parece, vivir sin empleo y con entera independencia como hubiera sido su gusto. No podía ser más vulgar su historia: un hombre inteligente, pero desilusionado e incapaz de hacer nada; extravagante más por falta de sociedad que por sobra de talento; con varias aptitudes que hubieran sido útiles a una persona activa y discreta, y que a él no le servían más que para perder el tiempo y distraer a cuatro amigos. A ratos parecía poeta, y a ratos jurisconsulto, o músico, o filósofo, o lingüista consumado; pero en cuanto a ser, era no más que un insignificante empleado de Hacienda, que iba a disgusto a la oficina.

En la historia de familia de Pío Cid, que corría como verdadera, había desde luego la falsedad evidente de presentarlo como hijo único, siendo así que tuvo por lo menos una hermana, con la que vivió algún tiempo en Madrid. Doña Paulita, la pupilera de la calle de Jacometrezo, estaba muy al corriente de todo,

porque era granadina como los Cides y conoció a doña Concha y a una hija de ésta, de pocos años.

Pocos hermanos harán en el mundo lo que hizo Pío Cid por su hermana al llegar ésta, viuda y pobre, a Madrid, puesto que, a pesar de su gran pereza y ninguna afición a solicitar favores, se apresuró a visitar al diputado por su distrito, que había sido administrador de los bienes heredados por doña Concha, hasta que el marido de ésta los malvendió para hacer frente a alguno de los compromisos que al fin y al cabo vinieron a dar con él en tierra. Pío Cid no tenía ningún vicio: no fumaba, no iba al café ni al teatro, ni salía nunca por la noche; hasta en las cosas más precisas, como comer, beber y vestir, era muy ahorrativo; comía poco y alimentos muy ligeros, generalmente legumbres; no bebía más que agua, y esto sólo alguna vez en verano, y no tenía más ropa que la puesta, ni quería jamás comprar un traje nuevo mientras el puesto podía prestar decente servicio; por último, no gastaba ni en barbero, porque no gustaba de que le sobasen la cara; ni en peluquero, porque tampoco le hacía gracia que le anduvieran en la cabeza. El mismo se arreglaba, como mejor podía, de tarde en tarde, cuidando más de la limpieza interior del cuerpo y de la ropa blanca, que de la aparente de los vestidos, sombrero y zapatos. No usaba guantes, y llevaba la menor cantidad posible de corbata. De este modo, su sueldo iba íntegro a manos de doña Concha, y aunque no era nada crecido, bastaba para vivir modestamente, y aun para que Pepita no careciera de juguetes y chucherías, que su tío le compraba, cuando algunas mañanas, antes de ir a la oficina, la sacaba a dar un paseo. ¡Y quién sabe si su solicitud por Pepita no fué la razón que le determinó a escribir su dichoso libro, con la esperanza de ganar algún dinero e ir ahorrándolo para asegurar el porvenir! Mal le salió, sin embargo, la cuenta, como sabemos; y aun parece que para pagar la edición tuvo que empeñar ciertas alhajas de familia, reliquias de que doña Concha no había querido deshacerse ni en la época angustiosa en que hasta para comer le faltaba. Pero un hombre como Pío Cid no se abate fácilmente, y ya que por la muestra comprendió que por el camino emprendido no iría a ninguna parte, comenzó a cavar, y de sus cavilaciones sacó en limpio que lo que él debía ser era traductor. Ni él era capaz de escribir obras al gusto de un público tan necio y estragado como el que había de leerle, ni este público estragado y necio podía entender y apreciar las que él escribiese según su leal saber y entender; no había motivo para escandalizarse, ni era cuerdo repetir la prueba y verse en la triste necesidad de empeñar hasta las sábanas. Se dedicaría, pues, a traducir libros de las diversas lenguas que poseía, y sin calentamientos de cabeza ganaría algo, aunque fuese poco.

Todo parecía sonreírle o, cuando menos, mirarle con ojos de benevolencia, cuando la fatalidad, que le tenía reservadas mayores y más espinosas empresas, derribó de un soplo el castillo de naipes que él, paciente y cuidadosamente, iba levantando; no fueron menester más de tres días para que la traidora differía arrebatara a Pepita, dando el golpe de gracia a la pobre doña Concha. No derramó una lágrima, ni se inmutó, ni siquiera pareció entristecerse; él mismo embalsamó y amortajó a sus dos muertas, como las llamaba, complaciéndose en adornarles con todas las joyas que en la casa había de algún valor. A Pepita la llevó él solo al cementerio, y cuando murió doña Concha no quiso valerse de nadie, sino que él mismo anduvo los pasos para trasladarla, con su hijita, a Aldamar, donde los Cides tenían su panteón de familia; en lo cual gastó cuanto tenía, hasta lo que le dió un baratillero por todos los muebles de la casa. De suerte que al regresar a Madrid de su fúnebre viaje no le quedaba más que un baúl pequeño con contadas prendas de ropa y una maleta que le sirvió para el camino; volvió sin avisar a casa de doña Paulita, donde había dejado el baúl; se instaló sin decir palabra en una habitación que estaba enfrente de la puerta de entrada, y continuó viviendo como hasta entonces había vivido, acostándose temprano y levantándose al amanecer, paseando por las mañanas, yendo entre once y doce a su oficina y encerrándose en su cuarto cuando venía de ella, sin encender jamás la única luz que tenía a su disposición, una palmaria sobre la mesa de noche.

**Cóma también en su cuarto, y no hablaba arriba de cuatro palabras con ella.** Paulita cuando ésta, con el pretexto de servirle la comida, buscaba ocasión para sacarle de su mutismo.

En verdad que no tenía de qué quejarse doña Paulita, pues en menos de dos semanas se le llenaron los dos pisos de bote en bote. Además de D. Serapio y D. Camilo y D. Benito, vinieron el amigo de Orellana, que era gallego y estudiante del último de leyes y se llamaba D. Perfecto Fernández Vila, y el joven que quedó en volver, que era estudiante de Medicina y cartagenero, llamado D. Mariano, con su amigo y compañero de estudios Pepe Rodríguez, un murcia, no andaluzado, dicharachero y alegre como unas sonajas.

—Es usted un hombre de buena estrella, D. Pío—repetía constantemente su agradecida paisana—; porque desde el día en que usted entró en mi casa parece que entró la bendición de Dios.

—Lo que hay—contestaba Pío Cid—, es que yo he venido en Septiembre, en la época en que vienen los estudiantes.

Lo mismo cuando estaba solo que cuando eran siete los huéspedes, o cuando fueron ocho con la llegada del joven canario Carlos Cook, amigo de los vizcaínos, Pío Cid, vivía, como de costumbre, retraído y sin tratarse con nadie. Sólo alguna vez cruzaba la palabra con Benito y los estudiantes de Medicina, que eran sus vecinos más próximos. Sin embargo, aunque seguía comiendo en su cuarto, bajaba algunos días a almorzar al comedor, que estaba en el principal, y con el tiempo conoció a toda la patulea estudiantil, con la que simpatizó grandemente pues era amigo de la juventud; sus ideas eran tan frescas y vibrantes que cuando hablaba todos le escuchaban con la boca abierta, como cuando se oye algo nuevo e inesperado. Aquellos estudiantes eran, según Pío Cid, pellejos acabados de salir de manos del curtidor y llenos de vino viejo y echado a perder, de ciencia vana y pedantesca, aprendida en los bancos de las aulas de boca de varios doctores asalariados.

La reunión se alegraba con estas salidas graciosas e intencionadas, que bien pronto se convertían en frases hechas, usadas a diario por los estudiantes.

—Puesto que es usted tan amigo de enseñar—le decía un día Pepe Rodríguez—, ¿por qué no nos da usted a D. Mariano y a mí algunas lecciones de alemán, que buena falta nos haría para leer obras de fondo?

El alemán era un pretexto, y así lo conoció el profesor; pero el pretexto era lo de menos, pues con uno u otro se puede enseñar cuanto se quiere, y Pío Cid era capaz de enseñar a hacer pajaritas de papel e incidentalmente explicar un curso completo de metafísica.

Pero el discípulo predilecto fué Benito, el estudiante de Farmacia, al que no instruía en ninguna rama del saber, sino en el arte difficilísimo e inagotable de vivir, del que el infeliz muchacho estaba completamente en ayunas. En la casa todos le tenían por medio simplón y se divertían a su costa.

Pío Cid, por no desairar a sus compañeros, se decidió un día, aunque a disgusto, a ir al baile de máscaras. Pío Cid se fué con ellos, y reunida en el café toda la pandilla, salió en dirección del teatro de la Zarzuela; se posesionaron de su palco, y después de dejar en él las botellas y paquetes de fiambres, se desparrramaron para dar la primera coleada en el animado salón de baile, dejando solo a Pío Cid, que se distraía viendo desde su observatorio la abigarrada y bulliciosa cadena que formaban las apretadas parejas al recorrer la órbita del baile.

Eran más los hombres que las mujeres; y como sólo las mujeres iban disfrazadas, predominaba en el baile el tono obscuro de la ropa masculina. Así, paseando la mirada sobre este fondo uniforme, casi se podía ir contando las máscaras. Notó, pues, Pío Cid, a poco de entrar, un grupo de seis máscaras, sentadas casi enfrente de su palco. Todas iban vestidas o encapuchonadas de negro, con vivos rojos, como una bandada de pájaros o como personas de la misma familia.

Maquinalmente se levantó, bajó al salón, y después de dar una vuelta por el centro, se acercó a las máscaras e invitó a bailar a una de ellas, que era más alta y más delgada que las otras. La máscara dió las gracias, y se excusó diciendo que estaba fatigada. A lo cual replicó Pío Cid:

—¿Cómo está usted fatigada si no ha bailado ni una sola vez?

Y diciendo esto, se sentó al lado de la máscara, que, oyendo aquella pregunta y viendo aquel descaro, dijo con voz un tanto agria:

—Le advierto a usted que esa butaca está tomada.

—Ya lo sé—contestó Pío Cid,—y conirme cuando llegue quien se sentaba en ella, estoy cumplido. Pero antes, ¿qué mal hay en que yo insista una y diez veces para que usted baile conmigo?

—Nada menos que diez veces va usted a insistir?—preguntó la máscara con voz algo melosa.

—Diez no—respondió Pío Cid,—porque usted no es capaz de negarse nueve veces. Ya sé que hasta ahora no ha querido usted bailar con nadie; pero yo tampoco he venido a bailar; y, ahora que me acuerdo, ni siquiera sé bailar, ni me hace falta, puesto que usted no es aficionada al baile. Si a usted le parece, daremos un paseo por la sala y le haré a usted una pregunta que me interesa mucho.

Pío Cid se había puesto de pie y ofreció el brazo a la máscara, que apoyó en él apenas la mano. Ambos cruzaron la corriente de los danzantes y se perdieron en los grupos del centro de la sala.

—Sabe usted por qué he salido a dar una vuelta?—dijo la máscara, sin que Pío Cid le hubiera dicho ninguna palabra—. Pues porque me ha extrañado que tuviera usted el atrevimiento de querer bailar sin saber.

—Eso no es atrevimiento—, dijo Pío Cid—. Yo deseaba acercarme a usted, y tomé el pretexto del baile.

—Y cómo, sin conocerme—preguntó la máscara—, deseaba usted hablar conmigo?

—Precisamente para conocerla—contestó Pío Cid—. Me figuro cómo es su rostro y su cuerpo.

—Y cómo se ha figurado usted que soy?—interrumpió la máscara con viveza.

—Tiene usted—contestó Pío Cid con aire de seguridad—los ojos grandísimos y negros. Más le diré: el antifaz, que a otras mujeres las agracia porque deja ver los ojos casi por completo, a usted la desfavorece, porque oculta lo mejor que hay en su rostro.

Entraron en el palco, que estaba solo, y la máscara avanzó algunos pasos para ver el sitio donde sus compañeras se sentaban; luego se retiró al fondo para no ser vista. Pío Cid le ofreció una copa de vino y le mostró un paquete de chucherías por si deseaba tomar algún bocado. La máscara rehusó al principio, y aceptó después una rodaja de salchichón y algunas galletas; y como el distraer le estorbaba, se echó atrás el capuchón y se levantó un poco el antifaz, dejando ver la barba, pequeña y redonda, y la boca, algo grande, de labios rojos muy bien dibujados, entre los que asomaban dos hileras de dientes blanquísimos.

—¿No quiere usted dejar ver sus ojos?—preguntó Pío Cid con tono familiar. La máscara no se hizo rogar más, y descubrió por completo su rostro, que era de bella y rara expresión. Pío Cid se quedó sorprendido, mirando aquella extraña mujer; los ojos eran inmensos, como él los había adivinado, y las facciones muy semejantes a las que él se figuraba; pero él había ideado una belleza que tenía algo de raza negra; una mujer morenísima, de ojos brillantes y cabellera fuerte y rizada, en tanto que aquella joven tenía la tez clara, los ojos lánguidos, sonadores, y el cabello fino, sedoso. La joven le miraba con inocente coquetería, y él le preguntó:

—Tiene usted el tipo acabado de una criolla. Usted es española, pero no es de España.

La joven se echó a reír, y por la risa comprendió Pío Cid que no se había equivocado.

Carlos Cook y don Benito entraron en el palco con unas máscaras.

—Vámonos—dijo Pío Cid.

—Usted debe abrigarse bien, porque no estará acostumbrada a este frío... Súbase también un poco el antifaz.

—Pero me parece un disparate salir ahora del teatro... Y luego que yo apenas le conozco a usted...—iba diciendo la joven, sin atreverse a volver pies atrás, como si un lazo misterioso la obligara a seguir al lado de Pío Cid.

Pío Cid debió de comprender esto, porque después de un rato de silencio, comenzó a hablar así:

—La invité a usted a pasear para decirle a usted algo que me interesaba, y para decirselo a solas. Antes de verla a usted, cuando sólo la conocía por figuraciones, había yo decidido acercarme a usted para no separarme más. Yo no sé qué sentimiento es éste que yo tengo ahora, y casi puedo asegurar que no es amor, porque ya soy viejo para enamorarme: podría ser padre de usted, y si no la miro con ojos de padre, tampoco me atrevo a hacer ninguna declaración de amor; que me parecería ridícula. Me gusta en todo la naturalidad, y lo natural en mí ahora es decirle que deseo que vivamos unidos, sea en la forma que fuere, porque de seguro esta unión ha de crear entre nosotros algún grande y noble afecto, que en este instante no acertamos o, mejor dicho, no acierto yo a preveer.

La joven escuchaba estas inesperadas razones sin saber qué pensar ni qué decir. Había tenido muchos novios y había oído muchas declaraciones de amor; pero ninguna, ni a cien leguas, se aproximaba a la de Pío Cid, para la cual no había contestación preparada en el repertorio, que ella, como todas las muchachas casaderas, tenía para estos casos.

—¿Por qué no habla usted con mi mamá y con mi tía?

—¿Viven ustedes solas?—preguntó a su vez Pío Cid.

—Solas, mi mamá, mi tía, mis tres primas y yo.

Y al decir esto, la joven intentó soltar el brazo de Pío Cid y preguntarle por qué se dirigía a la acera opuesta.

—Vamos a la chocolatería de enfrente—contestó Pío Cid antes que le preguntara—, un momento nada más. Me ha interesado mucho lo que me ha dicho usted, y desde luego estoy decidido a irme a vivir a su casa si me admiten. Sólo que a mí me agrada la franqueza, y he de decir que voy por estar cerca de usted, y no sé que van a pensar.

—Para decir eso—respondió la joven—, más vale que no vaya y se ahorra el viaje... Pero no sé a qué venimos aquí—añadió al llegar a la puerta de la chocolatería de Madrid—; yo no entro así como voy, y además se nos va a hacer muy tarde.

—Iremos a otra—dijo Pío Cid—, aquí cerca, donde habrá menos gente..., y si usted quiere, mi casa está a dos pasos, como quien dice; venga usted y verá mi madriguera.

Con esta conversación llegaron a la calle de Jacometrezo y, a la puerta de la casa; seguidos del sereno, al que al pasar le había dicho Pío Cid que viniera a abrírles. Cuando la puerta estuvo abierta, Pío Cid le dió unas cuantas monedas y le pidió algunos fósforos. La joven entró la primera, y ambos subieron las escaleras, yendo delante con un fósforo encendido Pío Cid, quien, al llegar al tercero, tiró del cordón que quedaba puesto todas las noches para que la criada no tuviera que esperar a los huéspedes rezagados, y abrió sin mover ruido.

—Tiene esto gracia—exclamó después de echar una ojeada por la habitación—, me han dejado sin luz. La verdad es que, como yo no la uso nunca, quizás me la quitaron hace tiempo, sin que yo lo haya notado hasta ahora.

—Todas las cosas las hace usted al revés de los demás—dijo la joven—. ¿Pero qué hora será?

—Las cuatro son—dijo Pío Cid, con gran serenidad—. parece mentira cómo paseando se nos ha ido el tiempo.

—No hable usted de ese modo—interrumpió la joven echándose a llorar. Ya me habrán echado de menos, y quizá me estén buscando por todo Madrid... Y cómo me presento yo ahora delante de mi mamá?

—Me presentaré yo,—contestó Pío Cid—, y no ocurrirá nada. Si tú quieres—prosiguió tuteándola ya resueltamente—, mañana mismo podemos vivir juntos en tu casa, y cambiar todas vosotras y yo la vida que hasta aquí hemos llevado. Seis mujeres solas no pueden ir a ninguna parte buena, y, sin cometer indiscreción, te diré que os hace falta un hombre en la casa. Poco me has dicho tú, pero me bastó para saber hasta el cabo de la historia. Tú no has sido, ni quizás tu madre tampoco, pero alguien de tu casa ha ideado ir al baile, como quien va a probar fortuna, porque no se presenta por los caminos naturales salida para vuestra embarazosa situación. No soy rico, pero lo que tengo me sobra y no me lleva ningún interés bajo, ni se aviene con mi carácter aprovechar las flaquezas de los que se hallan en apuro. Yo puedo ir a tu casa como huésped, pero con esto poco o nada se adelantaría por faltar intimidad y confianza para que pudiérais acudir a mí; en cambio, si mañana nos presentamos los dos juntos y tú haces lo que yo te diga, todo se arreglará a gusto de todos.

La joven se había levantado, mientras Pío Cid hablaba, y parecía mas tranquila. Sin duda pensaba que el mal estaba ya hecho y que lo mejor era confiar en aquel hombre que no parecía malo y que tenía el don de adivinar lo que a ella y su familia les pasaba.

Y al mismo tiempo el pensamiento de Pío Cid se alejaba de allí volando a tierras lejanas, donde veía sombras de mujeres que él quizá había amado, y cuyo recuerdo había venido a visitarle en forma de visión alada y a anunciarle la resurrección del amor en aquella mujer de ojos grandes y negros que la fatalidad le había puesto delante. Y él se veía encadenado, sin poder ni querer huir, resignado voluntariamente a seguir un nuevo rumbo y arrojarle en brazos del azar. Entonces sintió una hondísima y desconsoladora tristeza, y se echó a llorar como un niño. La joven le veía llorar con asombro, sin atreverse a romper el silencio. Sonaron en la escalera pasos de los huéspedes que volvían, y ella fué a la puerta a ver si estaba bien cerrada; volvió junto a la mesa de noche y apagó el moribundo cabo de vela, que se derretía sobre la piedra de mármol, para que no vieran luz encendida los que entrasen. Luego se acercó a Pío Cid, le cogió a tientas la cabeza, se sentó sobre sus rodillas, le echó un brazo por el cuello y comenzó a besarle los ojos para enjugarle las lágrimas.

Azarosa fué por demás la vida del capitán de infantería don José Montes, y si hubiera de referirla punto por punto, tendría materia sobrada para llenar varios volúmenes. No más que con la relación de los traslados que sufrió en su carrera, desde que la comenzó de soldado raso a mediados de siglo, hasta que se retiró de capitán graduado de comandante a los cincuenta años de servicio.

El capitán Montes fué perpétuamente el tipo del hombre obscuro, que se halla en todas partes, y a quien nunca le ocurre nada digno de mención. Así, cuando al buen capitán le llegó la hora de morirle, en Murcia, al lado de su hija Candelaria, con la que se fué a vivir cuando se quedó viudo, cuentan que más que su suerte lamentaba la de su hija Justa, casada con un rico cubano.

No eran vanos estos presentimientos del honrado capitán, y si hubiera vivido algunos años más, su muerte, turbada sólo por las leves dudas que asaltaron su espíritu de padre previsor, hubiera sido amargada por las desdichas que cayeron sobre los suyos.

Los casamientos de Candelaria y Justa habían sido motivo de grandes disgustos domésticos. Don José buscaba ante todo la hombría de bien.

Candelaria se casó en Murcia, a los veintidós años, con un novio que le habló poco más de dos meses y que a doña Socorro le entró por el ojo derecho.

Y Justa con Martín de Gomara, y decía ser hijo único de una de las familias más ricas de la Habana. Tomábasele a primera vista por extranjero, pues se ha-

bía educado en Inglaterra, y hacia gala de su extranjerismo para singularizarse.

Su mujer se quedó embarazada, y don Martín decidió que el hijo que naciera no deba ser peninsular, y dispuso el viaje a la isla para cuando el embarazo estuviera bastante adelantado; y tanto quiso apurar las sesiones del tapete verde, que la buena de Justa dió a luz en alta mar, a poco de pasado el golfo de las Yeguas, temido de todos los que cruzan el Océano hacia la Antillas y tienen la desgracia de marearse. Así nació la criatura, que fué bautizada con el nombre de Martina, en Matanzas, donde a la sazón se había ido a vivir la abuelita para estar más al cuidado de su ya mermada hacienda.

Muerto don Martín, su esposa y su hija, que ya estaba hecha una mujer, se hallaron solas en Matanzas, casi en la miseria, pues la enfermedad había dado al traste con lo poquísimo que quedaba. Realizaron los muebles y se fueron a la Habana, donde tenían algunos parientes y éstos, por quitarse la carga de encima les aconsejaron marcharse a España y les dieron para el viaje y para los primeros gastos que tuvieran hasta llegar a Madrid.

Martina tuvo una idea que creyeron salvadora: irse por lo pronto a una casa de huéspedes y escribir a su tía Candelaria, explicándole lo ocurrido y preguntándole si quería que se fuesen con ella a Murcia, puesto que en Madrid solas, sin conocer la población ni poder siquiera moverse, y lo que es peor, sin recursos, no les podía suceder nada bueno.

Y doña Justa estaba pendiente de la contestación de su hermana y creía ir a Murcia para pasar la Nochebuena. Y el día que llegó a Madrid era el de la Concepción. Pasaban, pues, aquellos días, como quien vive en el aire.

La respuesta se hizo esperar seis días, y al fin llegó certificada bajo sobre de luto, que sobresaltó a Doña Justa, aunque Martina le decía: No te sofoques sin motivo que el luto será por papá. Abre y lo verás. Y abrieron, y la carta decía así puntualmente:

«Mi queridísima Justa:

«Con una pena que no puedes figurarte leo tu carta de la isla, dándome cuenta de tu terrible desgracia, pues la tuya llegó a mi poder cuando no habían pasado dos semanas de la muerte de mi pobre Fermin. Mira qué estrella la nuestra, que después de lo pasado, que ahora no hay para qué recordarlo, nos quedamos viudas las dos, con ocho días de diferencia y, como quien dice, en medio de la calle. Pero ya sabes que yo, aunque me esté mal el decirlo, no me he cortado nunca por nada, y, después de pensarlo un rato, dije: lo que sea de una será de otra, yo me voy a Madrid a ver lo que Dios dispone. Ya debía estar ahí, por eso no te he escrito, por llegar de repente; pero el viaje se me retrasa unos días, y te escribo porque estarás inquieta.

La Paca está, como sabes, mal de la vista, y cada día peor; y dicen que convendría que la viera algún buen oculista de Madrid, pues todavía tiene cura. Desde que les he dicho que ya es seguro de que nos vamos, están que no saben lo que les pasa, deseando por horas y momentos salir de aquí y conocerte a tí y a Martina. Os envían un millón de besos y yo otros tantos. La detención del viaje consiste en que tengo que arreglar el asunto para ver de contar con algo, aunque sea poco. ¡Si nuestros padres vivieran y nos vieran ahora teniendo que vivir como quien dice a expensas de unos y de otros y con la carga de cuatro criaturas! En fin, hay que hacer de tripas corazón, y cuando Dios nos pone en este aprieto, El sabrá por qué lo hace, y El se encargará de iluminarnos y de darnos fuerzas y ánimo para salir adelante.

«Me parece mentira que pronto vamos a vernos juntas después de tantos años de separación. ¡Quién sabe si vuestras desgracias serán motivo de que mejoremos de fortuna! En fin, no queda papel para más; mil besos y abrazos a las niñas y de tu hermana, que con alma y vida te quiere,

CANDELARIA.»

Dos días después de la carta, muy temprano, cuando todos dormían aún, excepto doña Catalina, que se había levantado para ir a la compra, entraron por las puertas de la casa las cuatro viajeras, sin mover ruido, porque, al saber que doña Justa y su hija dormían, quisieron sorprenderlas en la cama. Traían consigo solo el equipaje de mano: dos maletas y dos sombrereras, una cestita con pan y algunos fiambres, y un gran cestón de tapaderas de donde salieron cinco gatos que allí encerrados venían, y que comenzaron a arquear el lomo y estirar patas y rabo con desperezos y maullidos, más de hambre que de entumecimiento.

Doña Justa en camisa, gritando, riendo y llorando, todo a un tiempo; y mientras se abrazaba a su hermana, sus sobrinas se metían en el dormitorio y despertaban a abrazos y a besos a Martina, que sentada en la cama, con los ojos atontados chillaba de gusto y sorpresa. Entraron las mamás en la alcoba, y mientras los gatos hacían coro a la puerta, arañando para entrar también con sus amas.

—Y qué me dices de mis niñas?—preguntó doña Candelaria—Yo a Martina la encuentro guapa de verdad. Es pintiparada a su padre; pero con más expresión en los ojos y la nariz un poquito acaballada, como todos los Montes. Y luego ese pelo tan negro, más negro que el azabache. Vaya, que puedes estar orgullosa—. No os ofendáis, feas mías—agregó dirigiéndose a sus hijas—; pero Martina es más guapa que vosotras. A mí el amor de madre no me ciega.

—Pues las tuyas—dijo doña Justa—no tienen nada que envidiar a nadie, no digas. Lo que me extraña... Vamos, que yo no creía que tú tuvieras hijas tan rubias. En particular Candelita, parece una espiga de oro. Verdad es que Fermín era rubio y blanco como pocos hombres he visto yo... Pero encuentro que la que más se parece a tí es Paca. Valentina tiene más de mamá, fíjate en la frente, y sobre todo en el entrecejo; es materialmente una haba partida.

El diálogo encomiástico de las mamás y el coloquio pueril que en voz más baja sostenían las primitas, fueron interrumpidos por la necesidad de hacer cuentas. Hasta Marzo solo contaban con unos cuantos duros que tenía doña Justa, con todo lo cual no había ni para acabar el mes. Sin embargo, decía doña Candelaria que con su insignificante pensión no se podía vivir en ninguna parte, y que para tener que buscarse la vida, convenía un centro cuanto más grande mejor, donde hubiera mundo y donde cada cual pudiera hacer lo que le diese la gana, sin críticas ni murmuraciones de nadie. En fin, a lo hecho, pecho. La necesidad es la mejor consejera, y lo que seis mujeres no discurrieran, no sería capaz de discurrirlo ni el mismo diablo en persona. La vanidad de doña Candelaria fingía verlo todo de color de rosa, aunque, a decir verdad, la procesión iba por dentro.

No es posible describir la colocación que los muebles enumerados tenían en el piso de la calle de Villanueva, porque fueron tantos los cambios que sufrieron, que no pasaba día sin que aquellas seis mujeres, solas, y sin ocupación por el momento, no se entretuvieran ideando una nueva distribución de la casa y del mueblaje.

—Cuando pasen estos días—decía doña Candelaria—hay que empezar a moverse.

Y, en efecto, no se descuidó, pues apenas supo andar por Madrid salía sola o con su hermana muy temprano, y volvía a salir después de almorzar para enterarse dónde podían darle alguna labor. Martina sabía adornar sombreros, más por gusto natural que porque hubiera aprendido; Candelita podía dar lecciones de piano a niños pequeños que comenzaran el solfeo, y todas bordar, coser en lanco y cuanto fueran labores propias de señoras distinguidas, aunque venidas menos. Halló algunas promesas de trabajo para más adelante, y en una corbatería le dieron avíos y modelo para hacer dos docenas de corbatas por vía de prueba; pero esto no resolvía nada, porque pagaban a seis reales la docena y no era seguro que hubiera una tarea todas las semanas.

En estas y otras tentativas pasaba el mes de Enero, y entre la casa, la comida y los gastillos merendados se llevaban poco a poco las alhajas, que, como menos precisas, eran las primeras que iban al empeño.



Aunque parezca extraño, a pesar de que las muchachas salían todas las tardes con sus mamás, no se les había presentado ningún pretendiente, que al menos les diese compañía y rompiera la vida monótona que llevaban, ya que no fuese un hombre honrado y formal de quien pudiera esperarse algo para el porvenir.

El pretexto que dió doña Candelaria para justificar su idea de ir al baile, fué la necesidad de distraer un poco a las niñas. A doña Justa le parecía que en un baile así nada se podía ganar, porque las mujeres que a él irían serían lo peor de cada casa. Pero las niñas, que deseaban ver un baile de máscaras, contestaban que nadie las conocería. En cuanto al gasto, perdido por ciento, perdido por mil y quinientos; y además, ellas mismas se harían los trajes, como; en efecto, se los hicieron en un dos por tres con la tela de los vestidos deshechos que doña Candelaria había traído. Esta ideó el modelo de disfraz, igual para todas, con el que ellas candorosamente se figuraban representar una bandada de golondrinas.

—Ahora faltan las caretas—dijo doña Justa—; las tendremos que comprar.

—De ningún modo—contestó su hermana—. Tengo yo un retazo de crespon, que por lo tieso parece tráfalgar, y que nos viene de perilla.

Fueron al baile con ánimo de divertirse cuanto pudieran, excepto Martina, a quien a última hora le entró el pavo, como decía su mamá, disgustada por tener que estar al lado de la niña, que ni quería bailar ni que la dejasen sola. La llegada de Pío Cid rompió el hielo, y entonces doña Justa también salió a bailar con el primero que la invitó sin que, soliviantadas como estaban ella y su hermana y sobrinas, notasen, hasta muy avanzada la hora, que Martina había desaparecido.

Doña Justa comenzó a temer que su hija hubiera sido engañada por quien la sacó a pasear, que, según todas sus trazas, debía ser un pillito redomado.

Se fueron a casa llenas de tristeza e inquietud, y se quitaron los disfraces en silencio, doña Justa lloraba, y su hermana se acusaba de haber sido la causante de aquella terrible desventura.

Mientras tanto, Pío Cid ponía por obra su plan. Antes que el día clareara por completo abrió el balcón de su cuarto, se asomó y llamó al sereno, que aún estaba en la esquina; para que abriera la puerta. Martina se había quitado el disfraz y se había puesto encima de su vestido, que era algo ligero, una chambra de lana y en la cabeza una rica mantilla, prendas ambas que Pío Cid conservaba en el fondo del baul y que habían sido de doña Concha. El disfraz, y todo lo que en el cuarto había de la pertenencia de Pío Cid fué encerrado en el baul y en una maleta de mano, que quedaron en medio de la habitación.

Así llegaron a la puerta de la casa de la calle de Villanueva cuando aún estaba cerrada, pues Pío Cid quería evitar que la portera y el vecindario tuvieran noticia de la aventura de Martina. Dió un aldabonazo, y a poco se asomaron a un balcón del cuarto piso varias mujeres; y un minuto después doña Candelaria abrió la puerta, mientras bajaba detrás doña Justa. Martina estaba en el quicio de la puerta como oveja que presente el degüello.

Pío Cid se adelantó y con voz reposada dijo:

—Vamos arriba pronto y podremos hablar sin darle un cuarto al pregonero.

Pío Cid sin que lo invitaran se sentó frente a Martina, en una butaca, de espaldas a la puerta y sin preámbulos tomó la palabra y dijo:

—Les pido a ustedes mil perdones por el mal rato que habrán pasado; yo soy el único culpable de lo ocurrido; pero mi culpa es muy leve, porque, como ven, me he apresurado a venir para sacarlas de su inquietud y para que todo quede en familia. Si ustedes no han cometido ninguna torpeza nadie tendrá noticia de esta escapatoria, pues ni aquí ni en mi casa nos ha visto nadie.

—Pero usted le ha dado algo a mi sobrina—gritó doña Candelaria—; usted es un criminal.

—No se irrite usted, señora, y tenga la bondad de escucharme—continuó Pío Cid en el mismo tono que había empezado—. Si ha habido arrebató de parte de Martina en seguirme sin conocerme, también lo habrá de parte mía en resolver, como he resuelto, unir mi suerte a la de ustedes sin saber tampoco quiénes son ni cómo se llaman.

—Eso es fácil de saber—interrumpió doña Candelaria, que no podía tolerar que se dudase de ella;—preguntando en la Habana por los Gómaras, y en Murcia, donde yo he vivido hasta hace poco, por los Colombras, y en Sevilla, donde vivieron muchos años mis padres por los Montes....., sabrá usted que somos por los cuatro costados una familia dignísima.

—Yo no he dudado de ustedes—siguió Pío Cid—; son ustedes las que dudan de mí, considerándome como un criminal. Yo no tengo familia, vivo solo y he podido tomar casa para los dos, puesto que Martina me quiere: pero me parece más noble presentarme y pedirles perdón por el abuso que, sin poderlo remediar he cometido, y exponerles la idea, que tengo por muy sensata, de vivir todos juntos.

—¿Se figura usted—dijo doña Candelaria con la entonación de un juez que formula un interrogatorio—, que porque estamos en situación apurada nos vamos a doblegar, como quien dice, a vendernos por dinero?

—Yo soy pobre—contestó el reo—, y lo que les he ofrecido es compartir mi pobreza.

Doña Candelaria desarrugó el entrecejo y tomó un aire más humano. Lo que más le llegaba al alma era la insolencia de aquel caballero desconocido, que se expresaba como quien posee la varita mágica, que cierra todas las bocas y abre todas las puertas, el dinero dominador y triunfador. Ante tan humilde confesión de pobreza, doña Candelaria pensó que quizás aquel sujeto venía con buenas intenciones.

—¿Usted pensará casarse con mi sobrina?

—Yo la considero ya como mi mujer—contestó Pío Cid—. Le extrañará a usted mi respuesta, pero no soy amigo de dilaciones ni de ceremonias, y en las cuestiones mías mi voluntad y mi palabra bastan.

—Pero ésta no es cuestión de usted solo—replicó doña Candelaria—; es también de mi sobrina y nuestra, y de la sociedad, que cuando tiene establecida la manera de hacer las cosas no será por puro capricho.

—Deje usted fuera la sociedad—dijo Pío Cid—; yo no le doy ninguna importancia y tengo la costumbre de arreglar mi vida, no como la sociedad lo dispone, sino como yo quiero.

—Yo—dijo doña Candelaria, levantándose—he hablado sin ser realmente la llamada a hacerlo. Mi hermana es quien tiene autoridad sobre su hija y quien debe decidir. Me gustan las cosas por el camino recto, y no veo con buenos ojos lo que ha ocurrido, ni me explico, ni me explicaré jamás, lo que ha hecho esta niña atolondrada. El proceder de usted es muy censurable. Sus ideas muy buenas serán; pero viene a defenderlas cuando ya el mal no tiene remedio, sin duda porque sabía muy bien que sin esta circunstancia no le hubiéramos escuchado a usted siquiera. ¿Qué dices tú a todo esto?—concluyó, dirigiéndose a su hermana.

—Su hermana de usted—contestó Pío Cid, levantándose también—piensa como usted, y estoy seguro de que ahora me detesta; pero no puede sacrificar a su hija a un orgullo mal entendido. En estas cosas que ocurren sin saber cómo, hay que ver algo superior a nuestra voluntad. Contra la mía salí yo anoche de mi casa, y no me pesa. Al contrario, me alegro de haber salido—añadió, acercándose a Martina—; me alegro, porque estoy seguro de que ningún hombre te hubiera comprendido como yo te comprendo, y de que tu vida será al lado mío más feliz y más noble que si te hubieras casado con un príncipe. Y diciendo esto abrió una hoja del balcón y miró al cielo, y después puso la mano sobre la cabeza de Martina, que seguía amodorrada, tapándose la cara con las manos.—Tú no tienes culpa ninguna—le dijo—, ni necesitas que te perdonen; pero levántate y abraza a tu madre y a tía, y demos al olvido lo pasado. Desde hoy va a empezar aquí una nueva vida, y hay que comenzarla siendo generosos, no guardándose ningún rencor ni hablando más de asuntos desagradables. Anda, levántate y no seas tonta.

Martina se levantó sin descubrirse el rostro, y Pío Cid la llevó, casi en peso,

adonde estaba su madre. Doña Candelaria se acercó también, y las tres juntas se abrazaron sollozando. Pío Cid permanecía de pie junto a ellas, mirándolas como si fueran un grupo artístico, no mujeres de verdad.

—Anda, quitate la mantilla y vete con tus primas, que las pobres desearán verte.

Martina se fué con la cabeza baja, más que por obedecer, porque le daba vergüenza de que su madre la mirara, y él, apenas la vió trasponer la puerta, añadió:

—Hay que pensar lo que hacemos. Yo he dejado en mi cuarto mis cosas ya preparadas para enviar por ellas, porque no pensaba volver por allá. Si ustedes quieren escribiré una carta y la enviaré con un mozo para que las traiga.

—¿Qué dices tú, Justa?—preguntó doña Candelaria.

—¿Qué voy yo a decir, Candelaria, si aún no me he hecho cargo de lo que aquí sucede?—respondió doña Justa llena de confusión.

—Es singular que haya conocido yo a usted el día de su santo—dijo Pío Cid a la tía de Martina.

—Puesto que hay en casa dos Candelarias, hay que celebrar el día de hoy. Ustedes compran lo que les parezca. Tomen ustedes—agregó, sacando una cartera y tomando unos billetes—, esta es mi paga del mes, tal como la cobré ayer, que fué día primero; procuren estirla todo lo que puedan, y cuando se acabe veremos.

La idea del convite le pareció a Pío Cid excelente para romper la situación violenta en que todas estarían hasta que pudiesen tratarle con confianza, y se alegró de que la Candelaria viniese a punto, para que no pareciese que festejaban el comienzo de la nueva vida, en la que aquellas honestas amazonas entraban a regañadientes. De tal modo era Pío Cid respetuoso con los sentimientos ajenos, y se ingeniaba para evitar los encontronazos que pudieran darse sus ideas con las de aquella pobre familia.

Sin duda la sociedad en que vivimos descansa sobre muy frágiles fundamentos cuando un hombre como él, que ya iba para viejo y que además era pobre, pudo en veinticuatro horas constituir una familia natural contra todas las leyes y costumbres artificiales que rigen, y que, como artificio que son, se evaporan en cuanto una voz verdaderamente humana y sincera habla inspirada por el amor, no por el amor brutal de la carne, que para amar algo tiene que declarar la guerra a todo lo demás, sino por el amor que viene del corazón, y que lo ama todo, y aun falta realidad para satisfacerle.

—Esta familia—pensaba—ha tenido confianza en mí, y yo he de pagarle esa confianza como mejor pueda, y ya tengo ahora algo en qué pensar seriamente.

Al día siguiente comenzó a funcionar la casa de la calle de Villanueva bajo la prudente dirección de Pío Cid. Las mamás eran las dueñas del bolsillo mancomunada y solidariamente, las niñas trabajaban en las faenas de la casa y en los nuevos estudios en que las fué iniciando un maestro tan consumado como Pío Cid, y éste ganaba y pensaba por todos. Se levantaba al ser de día a pesar de los regaños de su mujer, y escribía hasta la hora de almorzar; después se iba a la oficina, y a la vuelta recogía a las muchachas y las llevaba a dar un paseo, ordinariamente por el Retiro; de regreso comían, y luego dedicaban el resto de la noche al piano, al canto, a la guitarra y a otros mil entretenimientos y enseñanzas útiles y recreativas. No entraba nadie de la calle al principio; pero más tarde solían concurrir a las reuniones dos muchachos excelentes, y no ciertamente porque Pío Cid los buscara, sino porque ellos solos se presentaron, y Pío Cid a nadie le cerraba la puerta. Cuando doña Paulita se quedó sin su paisano, a quien tan obligada y agradecida estaba, no pudo resignarse a una despedida tan seca ni se atrevía a ir a visitarle, e ideó valerse de alguien para meter las narices en aquel lío, o lo que fuera.

—Debe usted ir a visitarle—le recomendó a Benito—y procure usted ver cómo vive nuestro buen amigo, pues en Madrid hay muchas lagartas, y me temo que le hayan engañado como a un chino.

Y fué, en efecto, una mañana, y Pío Cid le recibió muy amablemente en la sala principal, que a Benito le pareció la de un palacio comparada con los cuartos de la casa de huéspedes.

Y desde aquel día vino todos los domingos, sin faltar, a oír música, a charlar y a decir tonterías a Valentina, que aunque inexperta, sabía de sobra para iniciar al infeliz estudiante en el arte misterioso de conocer el corazón femenino.

Muy otro era el segundo concurrente a casa de Pío Cid. Cuando éste salía a pasear por las tardes con las muchachas, notaba algunas veces cuchicheos y risas e indirectas que ponían a Paca colorada como un tomate. Miraba como quien no mira, y veía a lo lejos la figura entelerida de un joven que tanto tenía de hortera como de licenciado en cualquier facultad, y que lo que más tenía era frío, pues siempre iba con las manos metidas en los bolsillos de un raído gabán, que juntamente con su dueño tiritaba.

—Ese será Pablo del Valle—pensó Pío Cid. Del Valle de lágrimas debía llamarse, porque, o mucho me equivoco, o ese hombre lo está pasando rematadamente mal.

Con esta idea preguntó un día de repente a Paca:

—¿Cuántas cartas te ha escrito ya ese joven que te sigue por las tardes?

—Me ha escrito tres veces—contestó Paca sofocada.

—Pues aconséjale—dijo Pío Cid—que venga a hablar con tu mamá.

Vino Pablo del Valle al día siguiente y tuvo con Pío Cid una larga entrevista, de la que éste dió cuenta a toda la familia aquella misma noche en los términos siguientes:

—He hablado con Pablo del Valle, y no estoy disgustado ni creo haber perdido el tiempo; es un joven decente y de buena familia, como saben ustedes, y si se le ayuda un poco y logra conseguir una colocación fija cumplirá religiosamente sus deberes, porque ha pasado grandes miserias, y su ideal es tener casa y plato seguro; sin pedir más gollerías.

No era Pablo del Valle un hambriento vulgar, de esos que salen diariamente al paso, ni era tampoco un genio desconocido, un poeta de guardilla o un bohemio al estilo romántico; era un joven que tenía hambre muy a disgusto suyo, y que soñaba con ganarse honradamente la vida, aunque no pudiera conseguirlo por su falta de talento práctico. Sabía muchas cosas y no sabía ganar el pan. Tenía mucho talento y vivía como si fuese tonto de remate.

Pero la carga de Pío Cid era cada día más pesada. El sueldo no bastaba para comer, y había además que pagar casa y alquiler de piano, y vestir y obsequiar de vez en cuando a las jóvenes. La traducción del inglés marchó a paso de carga y le permitió salir adelante aquel mes, que por fortuna era el más corto del año, y sacar las alhajas que había en el empeño; porque, encima del precio estipulado, el editor le dió cuarenta duros por las anotaciones luminosas que él puso de su cosecha. Pero no hubo por el momento nuevos trabajos editoriales, y Pío Cid, con la presteza que le era propia, imaginó otros medios de ganar dinero para hacer frente a sus obligaciones domésticas, a las que no quería faltar por nada del mundo. Entonces fué cuando yo le conocí en la redacción de *El Eco*, periódico recién fundado por Cándido Vargas, y del que yo fui redactor, encargado de la crítica teatral y de las cuestiones sociales.

—Te voy a hacer una proposición—le dijo Cándido Vargas:—te encargo para mi periódico una revista extranjera, de política principalmente; semanal o quincenal, o trimensual, como quieras.

Se marchó, y según lo convenido, siguió viniendo todas las semanas un día, y en dos o tres horas daba un vistazo a la prensa extranjera y componía lo que él llamaba su buñuelo, y se iba como si no hubiera hecho nada. Lo que nos llamaba la atención en él era la pasmosa facilidad de su pluma, que en un instante cubría

de ilegibles garrapatos seis u ocho cuartillas, de las que luego salía un artículo tan claro y sonoro que daba gusto leerlo.

Un anuncio que salió en *El Eco*, valió a Pío Cid dos lecciones, que juntas con las revistas, le daban más de treinta duros al mes. Y una de las lecciones le dió, además, un amigo, que debía ejercer en su viva una considerable influencia. En un mismo día fueron a hablarle los dos discípulos: Severiano Tauris y Adolfo de la Gandaria. Tauris era italiano, o griego de nacimiento. Deseaba conocer bien el español. Pío Cid le dió las lecciones que necesitaba, pero sin tratarle nunca con intimidad. Con Gandaria, al contrario, intimó pronto, porque éste era un joven que se hacía querer por su carácter franco y jovial, no obstante sus pretensiones de diplomático. Gandaria era diplomático efectivo; servía como agregado en el Ministerio de Estado, y esperaba que le nombrasen en breve secretario en la Embajada de Londres, por desearlo él así y contar con buenos padrinos.

Gandaria era muy entusiasta, y no era menester mucho para que él pusiera a las personas en los cuernos de la luna. Pío Cid le entró por el ojo derecho, y después que le oyó hablar de una porción de materias que él desconocía en absoluto, se quedó pasmado.

Lo que decidió a Pío Cid a aconsejar a Gandaria que cultivara las musas, fué la brillante imaginación de que hizo gala el joven; y por si la imaginación no bastase, había además otra circunstancia más honda, en la que el amor andaba por medio. A la tercera lección fué ya Gandaria presentado a la familia de Pío Cid, y comenzó a frecuentar la casa y a pretender llevar a Pío Cid a la suya. Este se excusó con el pretexto de sus muchos trabajos, y arregló de modo que intimasen Gandaria y Pablo del Valle, cuyas figuras hacían reír viéndolas juntas. Gandaria era un poco obeso, muy rubio, ojos azules, la nariz aguileña y la boca un poco sumida, sombreada por un ligero bozo que aún no llegaba a bigote, y toda su persona era la perfección consumada en el vestir y la corrección atilada en el trato. Pablo del Valle era flaco y demacrado, casi exangüe; y con sus ojos tristes y su barba negra, parecía un Cristo crucificado, que en vez de túnica llevaba unos pantalones roídos por abajo y un gabán inverosímil. Este antagonismo, justo es decirlo, duró poco, porque, en cuanto Gandaria tuvo confianza con su amigo, le dió unos pantalones y un chaleco y un chaquet y sombrero y calzado, y hasta ropa interior. Con esto, y con algo que puso también Pío Cid, Pablo del Valle se metamorfoseó completamente, y Paca, que antes le miraba con lástima, comenzó a mirarle con satisfacción. Pablo del Valle le dió en cambio a Gandaria una idea, la única que él tenía y que era su ídolo y su amor: el Libro. Su adoración era tal, que a fuerza de mirar un volumen por fuera adivinaba lo que decía por dentro sin necesidad de leer, a lo que no era muy aficionado. Gandaria empezó a hablar del tomo de poesías que estaba preparando; y aunque al principio la noticia era falsa, no tardó en ser verdadera, porque el falso poeta, sugestionado por su propio atrevimiento, no quería quedar en ridículo, y probó sus fuerzas y vió con asombro que sabía componer versos, y oyó a Pablo del Valle afirmar que los versos eran óptimos, y se echó a volar por los espacios etéreos.

Además de la idea del libro de poesías, le inspiró Valle a Gandaria la de impulsar a Pío Cid por un nuevo camino.

—Si yo me hallara en el lugar de usted—le dijo—no dejaría que se consumiera sin dar utilidad al mundo un hombre como Pío Cid.

—¿Qué me dice usted?—respondió Gandaria—. Yo soy el primero en aconsejarle que se dé a conocer y ocupe el puesto que merece.

—No bastan los consejos con un hombre como él—insistió Valle—; hay que comprometerle. ¿Cree usted que si le dijeran, por ejemplo, vaya usted de gobernador a tal provincia, sería capaz de renunciar? Y si su papá de usted, que manda tanta fuerza en la nueva situación, lo deseara, Pío Cid sería gobernador como yo me llamo Pablo.

Pocos días después vino Pío Cid a casa de los Gandaria acompañado de Adolfo; y aunque la visita era la primera no fué de mero cumplido, sino que en ella se trató de asuntos serios y quedó cimentada la resolución de D. Adolfo de ayu-

dar con todo su valer a aquel hombre, que no sólo demostraba tener un talento descomunal, sino que, por una rara circunstancia, coincidía en sus puntos de vista con los del propio señor de la Gandaria. Verdad es que D. Adolfo, aparte su idea fija de ejercer de Mecenas político, no tenía ideas propias ni puntos de vista personales, y se adhería a los de los demás; pero, de todos modos, es cierto que jamás se adhirió a nadie con tanta fuerza ni con tanto entusiasmo como a Pío Cid, que aquel día estuvo inspirado y certero.

Se iba defendiendo nuestro buen Pío Cid contra las malas tentaciones, cuando un revés inesperado dió pie para que Gandaria se saliera con la suya. Entre los compañeros de oficina de Pío Cid había uno, llamado Salas, que le trataba con cierta intimidad y venía a buscarle de vez en cuando para invitarle a dar un paseo.

Salas sacó en limpio que Pío Cid se había ido a vivir con varias mujeres, y que éstas no debían ser nada buenas; y al día siguiente llevó el cuento a la oficina, no con ánimo de dañar a su amigo, sino deseoso de aparecer enterado de una aventura picante, a la que él dió algún colorido de su propia cosecha, con el que Pío Cid podía pasar por un bajá turco de seis o siete colas. Rodando la noticia, llegó a oídos de D. Eustaquio, el jefe del Negociado, que era una excelente persona, salvo su manía censurable de meterse a arreglar vidas ajenas, y su exagerada devoción a la jerarquía administrativa.

—Siento mucho mezclarme en asuntos que no son de mi incumbencia, en sentido estricto; pero como jefe de usted que soy, me juzgo obligado a llamarle la atención acerca de algún pormenor o incorrección, le dijo:

—Ha llegado a mis noticias que usted vive... no es fácil calificar cómo... ¡jamacebado! Esta es la palabra...

Pío Cid se levantó con aire indiferente, y como si fuera a buscar algo que hubiera echado de menos, salió del despacho, dejando a D. Eustaquio con la palabra en la boca. Fué a su mesa, recogió una cartera que tenía con algunos papeles particulares, se puso el sombrero, cogió el bastón bajo el brazo, y se marchó sin despedirse de sus compañeros, quienes se figuraron que saldría por encargo del jefe. Desde la oficina se encaminó a paso largo a la plaza del Angel, donde vivía el diputado de su distrito, D. Romualdo Cañaveral, que aún no se había levantado, aunque ya era cerca de la una.

—Se trata—dijo Pío Cid—de que usted, que es de la situación, pida al Ministro de Hacienda que en el puesto que yo dejo nombre a ese amigo mío, que es un joven muy recomendable. Mejor dicho, el nombramiento para mi puesto no puede ser, porque mi recomendado no tiene título, pero pueden ascender a otro que lo tenga y darle usted una credencial de 6.000 reales, con lo cual mi amigo se dará por muy satisfecho.

Fué tan activo y puntual D. Romualdo, que a los tres días escribió a Pío Cid diciéndole que estaba servido y remitiéndole la credencial a favor de Pablo del Valle. Este estaba presente al llegar la carta, y se quedó como alelado viendo su nombre en el Real nombramiento, sin comprender lo que aquello significaba, aunque su protector se lo explicó con gran claridad. Pero al fin sacó en limpio que tenía un destino de plantilla, de los más seguros en la Administración, y en el acto fué a desahogarse con Paca, a la que habló seriamente de casarse en cuanto fuera posible, puesto que ya contaba con un sueldo fijo para sostener las obligaciones domésticas. Aquella misma tarde vino Salas a visitar a Pío Cid y a decirle, de parte de D. Eustaquio, que al día siguiente asistiera irremisiblemente a la oficina, pues, de lo contrario, el Director le impondría una suspensión de empleo y sueldo.

—Desde que salí de la oficina sin despedirme, me suspendí yo solo de empleo y sueldo para toda mi vida—contestó Pío Cid—. Le ruego a usted que no me hable más de este asunto, y que mientras no necesite de mí me deje tranquilo en mi casa, sin acordarse más de que yo he sido empleado público.

Yo tenía pensado ir a Granada a pasar las fiestas del Corpus al lado de mi familia; pero al saber que Pío Cid iba a Aldamar con motivo de su elección, y que se detendría algunos días en Granada, me decidí a adelantar mi viaje para ir con él, sin otra mira que la de nuestra desinteresada amistad. Fué cosa convenida en la Redacción de «El Eco» en menos que se dice.

—No comprendo—le preguntaba yo—cómo se te ha ocurrido meterte en estas andancias, pues por compromiso personal no puede ser, ni por ambición tampoco, ni menos para sacar los pies del plato en pleno Parlamento, que no otra cosa sería exponer allí tus ideas políticas.

—Hay cosas fáciles de comprender y penosas de explicar—me contestó—, y una de ellas es mi elección. Sin meterme en más honduras, te diré, que si soy elegido, no sólo no despegaré los labios, ni aceptaré ningún puesto, sino que ni siquiera concurriré a las sesiones. A mi parecer, los diputados son inútiles, y creo prestar un servicio a la nación trabajando para que haya un diputado menos, puesto que si yo lo soy es lo mismo que si no lo fuera.

Hago gracia de referir nuestro viaje y los rasgos geniales de Pío Cid durante todo él, hasta que asqueado de las elecciones abandonó su distrito renunciando a la política y se apresuró a volver a su casa.

Llegamos, pues, a Madrid, y pensamos tomar juntos un coche que nos llevara primero a casa de Pío Cid y después a la mía. Pero no contábamos con que estaban esperando a la salida Martina y su madre, doña Candelaria y Paca.

—Al diablo se le ocurre—dijo Pío Cid—venir a estas horas a la estación; y además que yo no aseguré que vendría hoy.

—¿Crees tú que yo no huelo?—replicó Martina—. Yo estaba segura de que vendrías en cuanto recibieras mi última carta.

Echó a andar delante Martina, y Pío Cid se puso a su lado; doña Justa, que iba a alcanzar a su hija, se hizo atrás para reunirse con su hermana y sobrina, que venían las últimas.

—Te encuentro muy bien—dijo Pío Cid a Martina—; de buen color y un poco más gruesa.

—Pues yo creía lo contrario—contestó Martina—. Con los disgustos que han pasado...

—Tempestades en un vaso de agua—dijo Pío Cid—. ¿Te parece bonito que vayamos en dos secciones?... Por lo visto no os habláis siquiera.

—Con Paca sí...—dijo Martina—. La culpa no es mía... Ellas no quieren ceder, y no voy a ser yo la que me rebaje.

—Todo eso va a terminar hoy mismo.

—Ya lo creo que terminará—aseguró Martina—. Como que tienen buscado cuarto y esperaban que tú vinieras para irse a él. Don Florentino, el hermano de Pablo, se va a Barcelona en cuanto se celebre la boda, y mi tía y Candelita se van con él para ir más acompañadas. Dice mamá que la prima tiene ya la contrata segura. Yo no sé nada más que lo que oigo; pero me parece muy bien que se vayan si es por su gusto.

—Ya hablaremos de eso. Voy a decirle algo a tu tía, no sea que tome a desprecio el que yo las deje a un lado.

—¿Y qué te importa? Que lo tome por donde quiera.

—Me importa, y a tí debía importarte más, porque, al fin, es tu tía, y el desprecio que yo le hiciera recaería sobre una persona de tu familia.

Sujetó un poco el paso para acercarse a doña Candelaria.

—No me ha escrito usted nada sobre el disgustillo que ha habido.

—No he escrito por no distraerle a usted con cuentos... Más valiera que no se hubiera usted ido, pues, según me ha dicho mi hermana, viene usted como fué.

—Me he convencido de que no sirvo para estas andancias. La política les da a muchos de comer, y a otros les cuesta el dinero, y yo no tengo ningún dinero

que perder. Y ahora voy a decirle algo que importa más, y es que no comprendo qué usted, que es una mujer de carácter, haya tenido tan poca espera y haya hecho tanto caso de las necesidades de Martina.

—¿Usted sabe lo que esa niña ha hecho? Porque supongo que ella le habrá pintado las cosas a su capricho.

—Sólo me ha hablado del cambio de muebles y de... no recuerdo bien.

—Eso fué lo primero, y eso y mucho más lo hubiera yo pasado; que, a Dios gracias, no me falta aguante. No le habrá dicho que exigí el dinero que usted nos dejó, diciendo que ella quería ser el ama; y que luego que tuvo el dinero nos dijo que, puesto que habíamos recibido la pensión de Murcia, nos arregláramos con lo nuestro; ni le habrá dicho que la tomó con Candelita y que le arañó la cara, como usted verá.

—¿Y cómo fué eso?

—Fué porque mi hija se cansó de oír sus indirectas y le dijo que era una envidiosa... Esa es la única palabra que ha podido ofenderla. En cambio ella ha dicho cuanto le ha venido a la boca, y hasta ha tenido la osadía de asegurar que mi hija lo estaba soliviantando a usted, y que le ha visto a usted dar un beso... Por prudencia, por consideración a usted he seguido en la casa hasta que usted viniera; pero ya tenemos apalabrado un cuarto en la misma calle, y hoy mismo nos mudamos.

—¿Cuál es el plan de usted?—preguntó Pío Cid con mucha flemma.

—Muy sencillo—contestó doña Candelaria tomando aliento—. Candelita tiene ya contrata en Barcelona. Yo me voy con ella en cuanto se case Paca. Todo está ya arreglado; hoy es viernes, el domingo puede ser la boda.

—¿Y piensa usted dejar a Valentina con los recién casados?

—Así tiene que ser. Yo no puedo llevármela, porque serían los gastos much mayores.

—Pues bien—dijo Pío Cid recalcando la palabra—; todo eso me parece un disparate, impropio de una mujer tan avisada como usted... Usted sabe lo que se ha gastado para arreglar nuestra casa, y no hay en ella nada del otro jueves, y estaba casi amueblada cuando yo entré en ella... Ponga usted en un cuarto a tres criaturas con un sueldo que, con el descuento, no llega a quince reales diarios, y dígame qué apuros y qué miserias no van a pasar en estos primeros meses, que deben ser de miel y van a ser de acibar, de vinagre y de rejalgas. Paca es una mujer de su casa, como hay pocas, y Pablo no es mal muchacho: el matrimonio reúne las mejores condiciones para ser bueno, y usted lo va a echar a perder con esas prisas. Yo quiero a Paca como si fuera mi hija, y no consiento que salga de donde hoy está sino para que esté mejor que está. Ese casamiento es precipitado, porque no tenemos las dos o tres mil pesetas que harían falta para poner otra casa...

—Eso es cierto—interrumpió doña Candelaria—. Malo es empezar con boqueras, porque, como suele decirse, donde no hay harina todo es mohina; pero las cosas se han presentado así.

—Yo estoy conforme en que se casen—prosiguió Pío Cid—. Les cedemos una o dos habitaciones de la casa, y siguen comiendo en familia como hasta aquí. De este modo pueden dedicar el sueldo a comprar lo mucho que les hace falta y a divertirse un poco en estos primeros meses, y de aquí a fin de año tiempo tendrán de buscar piso y de empezar a vivir por cuenta propia.

—Y ¿no cuenta usted con Martina?

—Martina querrá lo que yo quiera. Y si por culpa de Martina me vuelven las espaldas, le aseguro a usted que me irá a vivir solo...

—Eso no—interrumpió doña Candelaria—. Usted tiene obligaciones.

—Yo tengo la obligación de darles a todas ustedes para que vivan, porque así lo he ofrecido: pero no estoy obligado a vivir con una persona a quien le estorba todo el mundo.

Volvió de nuevo al lado de Martina, diciéndole que ya estaba resuelta la crisis doméstica y explicándole el plan concertado con doña Candelaria. Esta no

había dicho claramente que sí ni que no; pero el que calla otorga, y Pío Cid dijo la cosa por hecho, aunque añadió que la había dejado pendiente del placero de la principal interesada en los asuntos caseros, que era y debía ser la propia Justina. La cual no puso ningún reparo, pues para ella lo importante era que Candelaria se marchara, cuanto antes mejor. En esto los dos grupos antagónicos se habían aproximado tanto, que Pío Cid, sin apartarse de Martina, pudo decirle a doña Candelaria:

—Martina está conforme y contenta, y yo creo que, una vez que no hay diversidad de pareceres, estos piques y desavenencias deben cesar.

—Yo por mí...—dijo doña Candelaria.

—Es que ustedes les han dado a las cosas un color—..... agregó Martina.

—En todas las familias hay sus dimes y diretes—afirmó doña Justa.—Yo no me he mezclado en el asunto, y comprendía que todo quedaría en agua de ce-rrajas.

Aquel mismo día volvió la casa a su estado normal, y el silencio reconcentrado de los días de disensión se desató en charla inacabable y en vehementes manifestaciones de afecto. Todas rivalizaban en atenciones cariñosas para destruir el recuerdo de las pasadas ofensas. Pío Cid sólo salió un instante para llevar a *El Eco* una revista que escribió en un dos por tres y cobrar el mes caído, pues halló la bolsa de Martina en los apuros. Pablo y don Florentino vinieron por la tarde y se quedaron a comer, y de sobremesa quedó resuelto que la boda fuera el domingo por la mañana, y que por la noche salieran para Barcelona las dos viajeras, acompañadas por el honrado comerciante de San Sebastián.

—Todo nos ocurre a nosotros al revés—decía doña Candelaria—. Siempre, después de una boda, el viaje lo emprenden los novios y aquí los novios se quedan y nosotros nos marchamos.

Obligado por la necesidad se encargó Pío Cid de dirigir la educación del único hijo de la duquesa de Almenara. A la Duquesa no le pareció mal que el niño tuviera un preceptor interino, seguramente porque los estudios los seguiría en el extranjero porque era cuestión resuelta ya que en España no era posible que un joven ilustre recibiera una educación apropiada; y ni Pío Cid, ni un preceptor bajado del cielo, serían capaces de destruir la mala opinión que los Duques tenían de su país. Era éste, quizás, el único punto en que los Duques coincidían; en lo demás siempre estaban desacuerdo o lo habían estado, puesto que a la sazón rara vez se veían juntos y más rara vez aún se dirigían la palabra. No tardó la Duquesa en desear ver a Pío Cid, porque recibió una carta de don Estanislao Miralles en la que hablaba de él con extraordinario encomio, sin olvidar lo relativo a la elección, y asegurando que era para Jaime una fortuna haber caído en manos de tan buen maestro. La Duquesa tenía una fuerte dosis de vanidad, y su vanidad más saliente era la pretensión de conocer a las personas con sólo echarles la vista encima. Aunque no pareciera bien aplicar a una tan bella señora una tan fea palabra, hay que decir que la Duquesa se creía a sí misma «psicóloga», y que su idea de la vida se reducía a la perspicacia psicológica y al arte de hablar espiritualmente y al desarrollo del sistema muscular por medio de los ejercicios elegantes. Así, pues, no pudo tolerar que Pío Cid se hubiese escapado a su observación; ella le tomó por un preceptor (y para la Duquesa un preceptor estaba a poca más altura que un ayuda de cámara), por un hombre vulgar y medianamente educado y de los informes de Miralles, se desprendía, al contrario, que era un ave rara en España.

Un día, al terminar la lección, cuando Jaime y Pío Cid tras él, salían del gabinete donde tenían sus coloquios, se asomó la Duquesa a la puerta del despacho, que estaba contiguo, y, como quien hace una pregunta sin importancia, dijo, tomando la cara a Jaime:

—¿Qué tal el discípulo?

—Es la aplicación misma— contestó Pío Cid—. Aprende la mitad o más de lo que le enseño.

—¿Qué le enseña usted ahora?—volvió a preguntar la Duquesa—. Pero pase usted... Y tú, Jaime, vete a comer que ya será hora.

—Le estoy enseñando en primer término a hablar—aseguró Pío Cid gravemente—. Jaime ha empezado muy pronto a estudiar idiomas, y el que menos conoce es el suyo propio, lo habla como un extranjero.

—Usted es españolista rígido por lo que se ve.

—Soy español nada más y no me asusto de que abramos las puertas de par en par a todas las ideas, vengan de donde vinieren. Lo que no me parece bien es que perdamos nuestra personalidad y seamos imitadores serviles. Jaime ha tenido una institutriz inglesa, y es casi por completo un ingiesito y yo no veo la razón de que esto sea así. Para mí la primera nación es España...

—¿Primera en qué?—interrumpió vivamente la Duquesa.

—No es necesario ser primero en nada para serlo en todo. Hay naciones que tienen muchos barcos, un ejército poderoso o grandes riquezas, y en esto son superiores a nosotros; pero tontos seríamos si aceptáramos como puntos de comparación esas exterioridades. Nosotros somos capaces de hacer más que nadie, con menos medios que nadie, sin duda porque la falta la suplimos con algo nuestro propio, con algo que está en nuestra sangre y que constituye nuestra fuerza y nuestra superioridad.

—Es usted un hábil polemista, amigo mío: pero si en otros tiempos hicimos algo grande porque teníamos fe y ya se dice que la fe hace milagros, ahora no hacemos más que copiar, y copiar mal lo que otros inventan. Han cambiado los tiempos...

—¿Piensa usted, pues, que nosotros, que hemos sido capaces de crear cosas muy altas, no serviríamos para componer ciertos artefactos modernos? Todo sería que nos lo propusiéramos. Si usted quiere puede tener en casa un inventor: precisamente Jaime tiene aptitudes naturales para la mecánica.

—¿De veras?

—Y tanto. La primera afición que ha descubierto es a la Agricultura. Esto debe de ser en parte por instinto, porque su constitución es bastante delicada y exige una vida enteramente rústica por lo menos hasta los veinticinco o treinta años.

—Ahora que me habla usted recuerdo que Jaime, cuando estuvo la última vez en el campo, construyó un molino, (cosas de muchachos), y todos los que lo vieron decían que estaba muy bien y que revelaba mucho ingenio.

—El inventor—aseguró Pío Cid con aplomo—es cuestión de independencia y de audacia. ¿No se le ha ocurrido a usted pensar que yo sea un inventor desconocido?

—Me ha parecido usted un tipo extravagante—contestó la Duquesa con sonrisa amistosa—¿Cuál es el invento de usted, vamos a ver?

—Quizás se imagina usted que mi invento es como el de una señora que yo conocí, la cual andaba revolviendo oficinas para obtener patente de invención en todas las naciones, y luego supe con sorpresa que el invento consistía en una red emplomada para embalar y resguardar las seras de carbón o los canastos de fruta... No es mi invento de esa clase ni es un invento sólo, sino que son más de veinte, y con cualquiera de ellos, si yo quisiera darlo a conocer, podría hacerme millonario. Yo he descubierto la que podríamos llamar «luz humana.»

—Pero eso parece un cuento fantástico.

—Donde hay movimiento hay luz en germen; mi invento consiste en un aparato sencillísimo, con el que saco del latido casi imperceptible, y hasta aquí no utilizado, del corazón, un fluido transmisible, a semejanza de una corriente eléctrica, aunque nada tiene que ver lo uno con lo otro.

—¿Y de ese fluido sale la luz?

—Aún no. Ese fluido del corazón es la mitad de la nueva luz. Para que haya

tormenta ha de haber dos electricidades que se atraigan y choquen y del choque nacen relámpagos y rayos, que son como miradas e imprecaciones del universo. También la luz humana brota de un choque de dos corrientes, aunque brota más silenciosa y serena.

—¿Y de dónde sale el otro fluido?—preguntó la Duquesa?

—Sale del cerebro; está oculto en las sienes, como el otro estaba oculto en el corazón. Enlaza usted ambos fluidos por un conductor... Un cordoncillo tan fino como ese (dijo señalando el que pendían los impertinentes de la Duquesa), y ya está creada la luz humana.

—¿Usted la ha visto? ¿Ha hecho la experiencia?

—La he hecho una sola vez, y la vi en forma de arco sobre mi cabeza; vi un nimbo de luz roja como la sangre, con franjas amarillentas; y no obstante lo subido del color, aquella luz alumbraba como una estrella que fuera descendiendo y acercándose más y más a la tierra; porque el asombro agitaba todo mi ser, y conforme aumentaba el latir de mi corazón y la punzada de mis sienes, aumentaba la fuerza de la luz, hasta tal punto que creí ardér y consumirme en mi propia llama, y asustado rompí el hilo que enlazaba las dos corrientes...

—Eso parece un invento infernal—dijo la Duquesa mirando asustada a Pío Cid.

—Yo me he jurado a mí mismo no descubrir jamás el secreto de mi invención; pero sin descubrirlo sería capaz de mostrarle a usted, en usted misma, esa luz maravillosa, brillando en su ensortijada cabellera como una diadema de fuego; fuego del cielo o de los infiernos.

—Usted vale demasiado para simple preceptor... Usted debía aspirar a cosas más altas.

—Supuesto que yo valiese algo, no valdría tanto como Aristóteles, y Aristóteles fué preceptor, y nada perdió con serlo...

—Pero, amigo mío—interrumpió la Duquesa—, Aristóteles fué preceptor del hijo de un rey.

—Y yo soy preceptor del hijo de usted—replicó Pío Cid.

—Tiene usted salida para todo—asintió la Duquesa, esponjándose al oír el argumento, mientras Pío Cid aprovechaba la ocasión para despedirse, sin añadir una palabra más.

\* \* \*

No era Pío Cid hombre que se rigiera por pautas establecidas; y aunque la costumbre es tomarse vacaciones en el estío y descansar de las faenas del año, él no descansó, sino que, al contrario, se aplicó con más ganas a sus *Comentarios del Código* para rematarlos cuanto antes y ganar lo convenido con el editor: Aparte los gastos de la casa, tenía que enviar 50 duros mensuales a doña Candelaria para que cubriesen ella y su hija los gastos más apremiantes, puesto que Candelita, aunque, según escribía su madre, estaba satisfecha y orgullosa de la acogida que el público barcelonés la había dispensado, ganaba poco, y lo poco y cobrado con retraso se lo tenía que gastar en trajes para no confundirse con las coristas; a esto había que agregar lo que se le iba a Martina de las manos comprando cintas y moños para el hatillo del esperado fruto de bendición, tarea previsor a la que consagraba sus días y sus noches la futura madre, auxiliada eficazmente por todo el enjambre.

El alumbramiento fué felicísimo y sorprendente por varias circunstancias. Acaeció el día de los finados, al amanecer, a los nueve meses justos de la famosa fiesta de la Candelaria, y nacieron dos gemelos: una niña y un niño, ambos de extremada belleza.

Martina no cabía en sí de gozo, y se consideraba casi una celebridad europea por haber dado a luz dos niños de sexo diferente, que se propuso criar ella misma para coronar con este esfuerzo su fecunda obra.

Algunas semanas después del parto fué Pío Cid por la tarde, como tenía por

costumbre, a dar la lección a Jaime, y se halló con la novedad de que la Duquesa, de regreso de una larga excursión, le hizo subir a sus habitaciones para darle las gracias muy amablemente por el interés con que había tomado la educación del niño, cuyo viaje al extranjero estaba dispuesto para el siguiente día, por haberlo ordenado así el Duque.

—Siento mucho esta determinación—dijo la Duquesa—, porque veía con gusto los visibles progresos de Jaime. Aunque los niños tengan poco fundamento, no está de más escuchar su opinión, y Jaime se halla tan contento con usted... Pero el papá tiene empeño en que el niño se eduque en Francia, donde él se educó...

—Yo lo siento por el niño—dijo Pío Cid, sin ocultar su disgusto—, y si estuviera aquí el señor Duque le hablaría para convencerle de que está mal aconsejado.

—Sin embargo, le advierto a usted que el colegio a que va Jaime tiene fama...

—No digo que no, pero la educación de colegio es siempre una educación de cuartel, que da pobres resultados. En fin, quien manda, manda, y dispénsese usted el desahogo.

—Al contrario de dispensarle, le repito que le agradezco su interés. Yo no sé si a usted podrán agradaarle cargos de otra índole...

—De cualquier índole los aceptaría por complacerla a usted; pero por mí no se preocupe.

—¿Tiene usted mujer, hijos, y quizás padres o hermanos?...

—Por mi casa soy yo solo; pero tengo mujer y dos hijos, suegra (que es buenísima), dos primas de mi mujer, una de ellas casada, una muchacha huérfana algo pariente y, por último, la niñera.

—¡Es usted un hombre admirable!—exclamó la Duquesa.

—Si hay en algo algún mérito, será de mi mujer más que mío. Para empezar ha tenido dos mellizos, y además los cría ella sola. ¿Qué le parece?

—Aunque sea cosa fea la curiosidad, le confieso a usted que la tengo, y grande, por conocer a su esposa.

—Aquí, en esta cartera, tengo un retrato suyo, y lo va a ver usted; aunque le advierto que lo mejor de Martina no es la cara, sino algo que no hay fotógrafo que lo saque mientras no se invente un sistema nuevo para retratar los corazones.

La Duquesa tomó el retrato que Pío Cid le mostraba, y, levantándose, se fué a sentar en el otro extremo del sofá que estaba más próximo al balcón para examinar mejor la fotografía.

—Está bastante parecida... El natural vale más.

—¿Y se peina siempre así, con ese peinado tan raro?

—No, señora; ese peinado es idea mía, y no se lo pone más que cuando está de buen humor o cuando quiere que le compre algo.

—¿Conque esas tenemos?—dijo la Duquesa, sin poder contener la risa—. ¡Inventa usted también peinados!

—Es el peinado del porvenir—contestó Pío Cid en tono de burla—. Feo o bonito, tiene la ventaja de que es complicadísimo y se tarda muchas horas en hacerlo, y en esas horas la mujer no piensa en nada y deja tranquilo al hombre.

—Ya que hemos hablado de retratos—dijo la Duquesa—, tendría mucho gusto en que usted me diese su opinión sobre uno que me han hecho a mí. ¿Usted entiende algo de pintura? Pase usted aquí al salón... Me lo han hecho últimamente en París...

—Ya veo, ya veo la firma—dijo Pío Cid, mientras examinaba el retrato—. Es un buen retrato, pero me gusta más el original. Quiero decir que el artista conoce su oficio muy bien, pero que no ha acertado a conocerla a usted, y ha tomado de usted la cáscara... Esa que hay ahí es una señora, arrogante y majestuosa, y hasta un poco teatral, pero no es una mujer, no es la mujer que hay dentro de usted.

—¿Usted distingue entre mujer y señora?

—Como entre hombre y caballero. Yo mismo, que no soy artista, me compro-

meto a hacer un retrato mucho mejor que ese! un retrato en que se adivine la mujer delicada, graciosa y espiritual, que se oculta en la señora Duquesa de Almadura.

—¿Sería usted capaz verdaderamente...? Por supuesto que no me extrañaría que supiera usted también pintar, por saber de todo.

—No sé más que dibujar. ¿Quién impide que mi retrato sea una composición poética, en que la describa a usted tal como es?

Y después, como volviendo sobre su idea, añadió:

—La poesía también me gusta, y no debe de ser tan fácil describir en verso a una persona...

—Ahora mismo se me ocurren, de repente, unos versos que, si no son un retrato acabado, pueden servirme de boceto si usted les otorga su pláceme.

Pío Cid hizo una leve pausa, y al fin recitó en tono familiar el soneto que había improvisado, y que decía así:

Su fino rostro en luz azul bañado  
De sus grandes pupilas luminosas,  
Se recata en las ondas caprichosas  
Del mar de sus cabellos encrespado.  
Su mirar dulce, suave, está velado  
Por plácidas visiones amorosas,  
Y un rumor leve de ansias misteriosas  
En su boca entreabierta ha aleteado.  
Su talle esbelto, airoso se cimbreo:  
Ora se yergue altivo, dominante,  
Ora se mece en lánguido vaivén,  
Cuando le arrulla la fugaz idea  
De abrir su pecho a un corazón amante  
Y decirle: estoy sola y triste, ven.

—Me gustan esos versos—dijo resueltamente la Duquesa—. Va usted a esca-  
birmelos antes que se le olviden. Si su retrato sale como el boceto...

—Yo haré cuanto esté de mi parte, pero tendrá usted que darme una fotografía; yo la recuerdo a usted muy bien con la imaginación, mas para los detalles no está de más.

La Duquesa se imaginaba ya que el retrato sería algo por el estilo de los versos; la imagen de una mujer melancólica soñando en vagos amores. Sorprendióse, pues, no poco cuando al cabo de algunos días de espera se presentó Pío Cid con su trabajo. Era este un pequeño dibujo al lápiz, ejecutado con tal maestría y perfección, que parecía desde lejos una miniatura de estilo original. El parecido era perfecto, en un niño en pañales. La madre le apretaba con el brazo izquierdo contra su seno, y se cubría éste con la mano derecha.

—Ese retrato es copia del boceto que mereció su aprobación—dijo él.

—¿Que está tomado del boceto?

—Naturalmente. En los sonetos la idea madre está al fin, y la idea del mío era esa misma

... abrir su pecho a un corazón amante  
y decirle: estoy sola y triste, ven.

... ¿Qué mejor amigo, qué corazón más amante y más tierno para una mujer que el de un hijo suyo.

La Duquesa guardó silencio y se fué a sentar en una butaca junto al balcón, lejos de Pío Cid, como para desvirtuar con la distancia la gravedad de lo que se le ocurría decir; miró un rato al través de los visillos y preguntó:

—Pero si yo no recuerdo más, usted me decía ayer que el amor más noble es el del espíritu. Si usted supiera, voy a suponer, que yo tenía un amante, ¿le merecería yo el mismo concepto que hoy le merezco?

—Precisamente—contestó Pío Cid con desenfado—me han dicho, hace algún tiempo, que usted tenía un amante, y no le di crédito a la noticia y aun siendo cierta, no le hubiera dado importancia.

—¿Y quién le ha dicho a usted que es ese amante que me atribuyen?—preguntó la duquesa sin darse por ofendida.

—Me han dicho que es un capitán de húsares y esto mismo me convenció de que la noticia era falsa.

—¿Por qué?

—Porque la afición a las charreteras, espuelas, estrellas, galones y demás arreos militares es propia de la primera juventud. Cuando una mujer pasa de los veinticinco años, busca algo más hondo en el hombre.

—Tiene gracia eso que usted me dice. ¡Al fin, al fin, he encontrado un hombre franco en el mundo! Pero ya que es usted tan franco, le voy a rogar me diga sinceramente si cree que una mujer puede faltar a sus deberes sin dejar de ser digna, sin que le acuse su propia conciencia.

—Sí lo creo. La indignidad está en envilecerse por satisfacer bajas pasiones; no lo está en librarnos del yugo del deber cuando el falso deber nos envilece. Tiene además la Naturaleza leyes inviolables y aunque quisiéramos no podríamos burlarlas.

—¡Eso es verdad!—repitió la Duquesa levantándose con un movimiento nervioso.

—¡Es triste que esté hecha así el alma humana. Mas, ¿qué remedio cabe? Lo mejor sería tener fuerzas para remontarse de un vuelo al amor espiritual; ¡pero son tan pocos los que las tienen! Cuando nos consume la sed de venganza contra una ofensa injusta o nos muerde el ansia de desquite por un sacrificio demasiado penoso, y no tenemos ánimo para perdonar ni para resignarnos es más noble dar salida a nuestras pasiones en algún acto censurable, que no guardar la protesta sorda que nos va envenenando poco a poco. Una falta es un hecho humano y acaso tenga la virtud de aclararnos el entendimiento y permitirnos ver lo que antes no veíamos y darnos alas para subir adonde soñáramos.

—Yo no había oído jamás hablar tan sinceramente—dijo la Duquesa con lentitud.

Pío Cid se acercó, y al mismo tiempo que cogía la mano y la estrechaba, miró a la Duquesa con aire tan dolorido, que ella se sintió vivamente impresionada; de repente se puso de pie, mientras tenía cogida una mano, se pasó la otra por los ojos y luego la apoyó en el hombro de Pío Cid, como si se afanzara para no caer; por último, le echó el brazo al cuello, cerró los ojos y juntó con los labios de él sus labios entreabiertos, desplomándose como si estuviera completamente desvanecida. Pío Cid la sujetó suavemente por la cintura, la condujo en peso hasta el sofá, la tendió con cuidado, poniéndole un cojín debajo de la cabeza, y se puso a mirarla de rodillas, temeroso de ver la tempestad que él mismo había desencadenado.

Después se levantó con lentitud y se encaminó hacia la puerta.

Pío Cid se había dirigido a buen paso a su casa, aunque gustosamente se dirigiera a un desierto donde poder meditar sossegadamente sobre las raras impresiones que le agitaban, no obstante ser su espíritu tan fuerte y tan avezado a los misterios de la vida.

—¿Qué olor es ese que traes?—preguntó Martina, que desde que entró Pío Cid no cesaba de aspirar con extrañeza el delicado perfume—. Esto parece cosa de mujer—añadió acercándose—. No lo parece, sino que lo es. ¿A ver?... Esta mano es la que más te apest

—Será de haber saludado a la mamá de Jaime, qué se ha despedido de mí. Se va al extranjero con su hijo.

—Lo dices así como con sentimiento. ¿Es de verdad que se va? Porque te comunico que la señora esa, o la tía esa, me está dando muy mala espina.

—Yo no vuelvo más a dar lecciones, y si se va o no se va, no es cuenta mía ni tuya. Y ten la bondad de no requisarme más, porque no estoy para que me quemes la sangre—concluyó con tono seco, metiéndose en su habitación.

Al día siguiente, al salir Pío Cid, se cruzó en la calle, sin conocerle, con un criado de la Duquesa que le traía una escuela de su señora para entregársela en propia mano. Martina la recibió y la dejó en el despacho de su marido, no atreviéndose por el momento a abrirla; pero después de dar muchas vueltas y de disculparse a sí misma con la razón de que entre un hombre y una mujer que se aman no debe de haber secretos, rasgó el tentador sobre y leyó una sola línea de firme y resuelta escritura, que decía no más:

«Esta tarde estaré en casa.—S.»

—¡En casa!—exclamó Martina; como si le hubiese picado una víbora—. ¡Y si P debía de firmar, y Pu... y Dios me perdone. Esto no pasa de aquí... Ahora se verá quién es Martina de Gomara.

Y en un vuelo se calzó, se echó una falda y se puso el abrigo y el sombrero que halló más a mano, y se lanzó escaleras abajo resuelta a acudir a la cita y verse cara a cara delante de aquella mujer que tan impudicamente trataba de robarle el padre de sus hijos.

—Volvíó Pío Cid a poco, y lo primero que vió al entrar debajo de la mesa de su despacho fué el sobre de la carta de la Duquesa, cuya letra conoció al punto; entró en la sala y halló todas las cosas por medio; preguntó por Martina y supo que había ido a buscarle.

—No hay duda—pensó—; el buscarme es un pretexto, y adonde va es a mover un escándalo. Vamos allá.

A mitad de camino la divisó marchando tan erguida y gallarda que para verla más tiempo aflojó el paso y le fué haciendo la ronda hasta que, cerca de la casa de la Duquesa, le dió alcance. Antes que él le hablara volvió ella la cabeza y se detuvo.

—Hace un rato que te sigo—dijo él—; ¿adónde ¡diablos vas a buscarme? Al menos tu madre me acaba de decir que ibas en busca mía para dar un paseo.

—Algo más que un paseo—contestó Martina agriamente—. Voy a devolver a su dueña un retrato que he encontrado en tu ropa. Tú no tienes aquí nada que hacer.

—No seas majadera, mujer. Ese retrato me ha servido de modelo para hacer un dibujo; no me lo han dado a mí, ni había para qué...

—¿Pero tú crees que yo me mamo el dedo?

—Lo que es ahora te pasas de lista. La señora esa supo que yo era algo dibujante, y tuvo la ocurrencia de que le hiciera un retrato a la pluma. Esto a todo.

—Y ¿cómo no has lucido esa habilidad conmigo?

—Porque tu no estimas esas cosas. No les haces caso. Dices que son tontefías. Ayer, sin ir más lejos, te dí a leer algo mío, y dijistes que no te gustaba perder el tiempo en cosas inútiles.

—Pero un retrato sí me gustaría que me lo hubieras hecho.

—Pues te lo haré hoy mismo... Pero vámonos de aquí, que si no nos van a dar cencerrada.

—No me muevo si antes no me ofreces que mañana mismo te vas a Barcelona a arreglar casa para que todos vivamos allí. Es una idea que se me ha ocurrido hoy—agregó Martina que no quería descubrir lo de la carta de la Duquesa—: no es por nada. Es que no quiero más Madrid ni engarzado en diamantes. Esto es una zahurda; aquí no se respeta a nadie. Ahora, al salir de casa, venía siguiéndome, ¿no lo has visto?, un viejo verde que podía ser mi abuelo. ¿Qué le parece a usted? Ganas me han dado de volverme y meterle la sombrilla por los hocicos.

—Ya veremos despacio lo que conviene. No tengo interés por estar aquí ni en ninguna parte del mundo. Todo me parece lo mismo y en todas partes me encuentro como el pez en el agua..., en agua sucia, se entiende. Si puede ser, me iré.

—Pero no creas—agregó Martina, siguiéndole recelosa—que te vas a ir a vivir donde está mi prima.

—Tu prima no está en Barcelona.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No me diste tú a leer una carta en la que decía que se iba contratada a Bilbao y después a Oporto?

—Es verdad—asintió Martina—; no sé lo que me digo. Tú tienes la culpa de lo que me pasa. He perdido la fe en tí, y me parece siempre que vas a engañarme. Yo no puedo ser ya feliz.

—Esas son niñerías. Mañana no te acuerdas más. Y yéndonos de Madrid, con mayor razón...

—Una idea se me ocurre para celebrar la despedida—dijo Martina al salir por la calle del Barquillo a la de Alcalá—; vamos a comer juntos donde primero se nos antoje. Con el disgusto se me ha abierto el apetito... Pero no lo echas a broma; cree que cuando ví el retrato me dió un vuelco el corazón. Pero, hombre—agregó sacando el retrato del manguito—, si no vale nada la mujer esta. Yo creía que era otra cosa. Vamos, ¡bah! (rompiéndolo en varios pedazos), ni si quiera vale la pena de devolverlo. Supongo que no te ofenderás porque lo tire por ahí (tirándolo por la boca de una alcantarilla). Después de todo...

—No me ofendió por nada; pero ¿qué es lo que llevas ahí en el manguito?

—Un cuchillo. Quizás si no me alcanzas, a estas horas hubiera hecho con el original lo que acabo de hacer con el retrato. Y si no te vas mañana, así, así, riendo, haré algo gordo. ¿No te he dicho que tú no me conoces a mí?

—Sí te conozco, y sé que tienes sangre y que la sangre te ciega y te hace ver lo que no existe más que en tu imaginación. Pero ¿y ese apetito?

—No es de comer muchos platos—dijo Martina, cogiéndose del brazo de Pío Cid—; es un deseño que me ha venido de [comer fuera de casa; ¿te acuerdas cuando el embarazo? Entonces eras más amable. Vosotros, los hombres en cuanto una mujer tiene chiquillos, la jabiláis, como si ya no sirviera para nada. ¿Sabes lo que más me opetece? Unas ostras y una copita de manzanilla.

—Pues si quieres entraremos aquí.

Martina soltó el brazo de Pío Cid y entraron en Fornos. Como entraron en un cuarto reservado, no ha sido posible averiguar la interesante conversación que allí tendrían; pero el viaje debió quedar decidido, porque al día siguiente bajaron los dos a la estación del Mediodía a la hora del expreso, en el que salió Pío Cid para Barcelona, donde el porvenir le reservaba nuevos y utilísimos, al par que famosos trabajos. Martina no le dejó pie ni pisada hasta verle partir, desconfiada y temerosa de que, si le dejaba solo, fuera a despedirse de la Duquesa.

Pío Cid partió contento, porque en estos cambios decididos por el azar, y a los que él nunca se opuso, creía ver la acción de la fuerza misteriosa que rige la vida de los hombres, encaminándoles hacia sus verdaderos destinos. Sin embargo, la idea de haber vuelto a la Duquesa las espaldas sin una mala excusa le preocupaba.

Entretanto la Duquesa se consolaba con su galanteador favorito, el arrogante capitán de húsares, y créese que, no obstante lo que las malas lenguas murmuraban, no había habido nunca en estas relaciones nada pecaminoso, y que fué este día, de la marcha de Pío Cid, y no antes, cuando se rindió la fortaleza de la virtud y del recato de la Duquesa, la cual dicen también que por descargar su conciencia del peso de su falta, echaba la culpa de ella a los consejos liberales del Maestro.

**La mejor surtida**

en novedades y la más económica en relojería, joyas y óptica.—**La Vasco-Castellana**,—**Fernando VI**, 2



Evita el dolor de muelas  
**DENTALINA**

Perfuma el aliento

**DENTALINA**

1,25. Alcohólica, Carmen 10

**Monteserín**

Sus primores en hechuras  
de trajes y gabanes desde  
40 pesetas en adelante.

**CARMEN, 25, ENTLO.**

**VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO**

**¡EUREKA!**

Buen humor, por la comodidad.

Economía, por la duración.

Elegancia, por la novedad.

**Nicolás María Rivero, 11.—Madrid**

**Le interesa, señora:**

Una cabellera abundante y con su primitivo color es la mejor diadema que puede lucir la mujer. Usando el agua **La Flor de Oro**, tendréis esa cabellera y evitaréis su caída, así como la caspa y las canas.—Se vende en las perfumerías y droguerías:

**FRINÉ**

**NÚMEROS ATRASADOS**

**PRECIO: 15 CÉNTIMOS**

**DIRIGIRSE A LOS CORRESPONSALES**

- Núm. 1.-Arte de no envejecer. ::
- Núm. 2.-La mujer en el hogar. ::
- Núm. 3.-La belleza de los ojos. ::
- Núm. 4.-Los perfumes. :: :: ::
- Núm. 5.-Los matrimonios. :: ::
- Núm. 6.-La moda según el tipo.
- Núm. 7.-La belleza de las manos.
- Núm. 8.-La belleza de la boca. ::
- Núm. 9.-Los bailes. :: :: ::
- Núm. 10.-Las joyas. :: :: ::
- Núm. 11.-Las ropas. :: :: ::
- Núm. 12.-Modo de ordenar la casa.
- Núm. 13.-Los peinados. :: :: ::
- Núm. 14.-Educación de las jóvenes.
- Núm. 15.-Las visitas. :: :: ::
- Núm. 16.-La belleza del pie. ::
- Núm. 17.-La belleza de la línea. ::

**La novela TEATRAL**

publicará mañana domingo

**LA COPA ENCANTADA**

zarzuela en acto, original de

**JACINTO BENAVENTE**

**DIEZ céntimos**

**PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA**

# Lámpara OSRAM

DE HILO ESTIRADO

Las ventajas que reporta el alumbrado eléctrico solamente se consiguen empleando buenas lámparas. Quien solo se fije en el bajo precio de las mismas, pagará en definitiva más en el gasto de luz.

Las lámparas OSRAM son *irrompibles*, de escaso consumo de corriente y larga duración. Dan una luz blanca y agradable, similar a la luz del día, y resultan en definitiva, en la práctica, las lámparas más baratas.

CONCESIONARIO

**PABLO ZENKER**

Sucesor de León Orusteln.

Mariano Pineda 6-MADRID

